

Misericordia y algun santo oscuro, patrono del ciego y del huérfano, puede un autor escribir una página mas tierna que con todos los dioses del Panteon. ¡Aquí hay *poesía*! ¡aquí hay *maravilloso*! Pero si quereis un *maravilloso* mas sublime, contemplad la vida y los dolores de Jesucristo, y acordaos de que vuestro Dios se ha llamado *Hijo del Hombre*. Nos atrevemos á predecirlo: vendrá un tiempo en que causará admiracion que los hombres hayan podido desconocer las bellezas que existen solo en los nombres, solo en las palabras del Cristianismo; costará trabajo comprender cómo se ha podido hacer escarnio de esta religion de la inteligencia y de la adversidad.

Aquí terminan las relaciones directas del Cristianismo con las Musas, pues hemos acabado de considerarlo poéticamente en sus relaciones con los hombres, y con los seres sobrenaturales. Coronaremos lo que hemos dicho sobre el particular con un exámen general de la Escritura; tesoro de donde Milton, el Dante, el Taso y Racine han sacado parte de sus riquezas, bien asi como los poetas de la antigüedad tomaron de Homero sus mas brillantes rasgos.

## LIBRO QUINTO.

### La Biblia y Homero.

#### CAPITULO I.

##### De la Escritura y de su excelencia.

Es en verdad una obra digna de atencion la que empieza en el Génesis y concluye en el Apocalipsis; que se anuncia con el estilo mas claro y termina con el lenguaje mas figurado. ¿No pudiera decirse que todo es grande y sencillo en Moisés, como la creacion del mundo y la inocencia de los hombres primitivos que nos pinta, y que todo es terrible y sobrenatural en el último profeta, como las corrompidas sociedades y el fin del mundo que nos representa?

Las producciones mas extrañas á nuestras costumbres, los libros sagrados de las naciones infieles, los Zend-Avesta de los parsis, el Veidam de los bramanes, el Alcoran de los turcos, los Edda de los escandinavos, las máximas de Confucio y los poemas sanscritos, no nos causan sorpresa alguna, porque hallamos en ellos la serie de las ideas humanas, y tienen entre sí recíprocos puntos de contacto, ya en la forma, ya en la esencia. Solo la Biblia no se parece á ninguna otro libro; es un monumento aislado de los demás. Esplacada á un tártaro, á un cafre, ó á un canadiense; poneda luego en manos de un bonzo ó de un derviche, y su asombro será igual. ¡Hecho que parece milagroso! Veinte autores que vivian en épocas muy distantes entre sí, han trabajado en los libros santos, y aunque han empleado veinte estilos diferentes, estos estilos, inimitables siempre, no se hallan en ninguna composicion. El Nuevo Testamento, tan diferente del Antiguo por el tono, se asemeja no obstante á él en esta asombrosa originalidad.

No es esta la única circunstancia extraordinaria que los hombres convienen en hallar en la Escritura: los que niegan su asenso á la autenticidad de la Biblia, creen sin embargo á su pesar en algo de ella. Deístas y ateos, grandes y pequeños, atraídos por cierta cosa desconocida, no dejan de hojear incesantemente esa obra, admirada por unos y denigrada por otros. No hay una situacion en la vida para la cual no pueda hallarse en la Biblia un versículo que parezca dictado al intento. Difícil será persuadirnos de que todos los acontecimientos posibles, ya prósperos, ya adversos, hayan sido previstos con todas sus consecuencias en un libro escrito por mano humana, pues en la Escritura se encuentran:

El origen del mundo y el anuncio de su fin; La base de las ciencias humanas; Los preceptos políticos, desde el gobierno del padre de familia hasta el despotismo; desde la edad pastoril hasta el siglo de corrupcion.

Los preceptos morales aplicables á la prosperidad y al infortunio, á las condiciones mas elevadas, y á las mas humildes.

Finalmente, toda clase de estilos: estilos que formando un cuerpo único de cien diferentes fragmentos, no tienen semejanza alguna con los estilos de los hombres.

#### CAPITULO II.

##### Que hay tres estilos principales en la Escritura.

ENTRE estos estilos divinos, descuellan tres:

1.º El estilo histórico, como el del Génesis, del Deuteronomio, de Job, etc.;

2.º La poesía sagrada, tal como existe en los Salmos, en los Profetas, en los tratados morales; etc.

3.º El estilo evangélico.

El primero de estos tres estilos imita con un encanto que no puede encarecerse, ya la narracion de una epopeya, como en la aventura de José; ya afecta los movimientos de la oda, como despues del paso del Mar Rojo; aquí suspira las elegías del santo árabe; allí canta con Ruth tiernas bucólicas. Todos los pasos del pueblo de Israel están señalados por grandes fenómenos; ese pueblo por quien se detiene el sol, el peñasco brota puros raudales, y el cielo envia el maná; ese pueblo no podía tener fastos ordinarios. Las formas conocidas cambian respecto de él; sus revoluciones se refieren alternativamente con la trompeta, la lira y el caramillo; el mismo estilo de su historia es un milagro continuo que patentiza la verdad de los milagros cuya memoria perpetúa.

La Biblia llena el ánimo de asombro desde el principio hasta el fin. ¿Hay algo comparable á las primeras líneas del Génesis? La sencillez de su lenguaje, en razon inversa de la magnificencia de los hechos, nos parece el último esfuerzo del genio:

*In principio creavit Deus caelum et terram.*

*Terra autem erat inanis et vacua, et tenebrae erant super faciem abyssi; et spiritus Dei ferebatur super aquas.*

*Divitque Deus: Fiat lux. Et facta est lux. Et vidit Deus lucem quod esset bona: et divisit lucem á tenebris.*

No puede explicarse en qué consiste la hermosura de semejante estilo; y si alguno lo criticase, no se acertaría á responderle. Nos limitaremos á observar que Dios que ve la luz, y que, contento como un hombre, de su obra, se felicita á sí mismo por parecerle buena, es uno de esos rasgos que no pertenecen á la serie de las cosas humanas; esto no entra naturalmente en la esfera del espíritu del hombre. Homero y Platon, que hablan de los dioses con tanta sublimidad, nada tienen que pueda compararse con esta imponente sencillez. Dios descendiendo al lenguaje de los hombres, para hacerles comprender sus maravillas; pero siempre es Dios.

Cuando se reflexiona que Moisés es el mas antiguo historiador del mundo; cuando se recapita que ninguna fábula intercaló en sus narraciones; cuando se le considera como el libertador de un gran pueblo, como el autor de una de las mas hermosas legislaciones conocidas, y como el escritor mas sublime que han visto los tiempos; cuando se le ve flotar en su cuna de mimbres sobre el Nilo, ocultarse luego en los desiertos por espacio de muchos años, presentarse mas tarde para dividir el mar, hacer brotar de un peñasco aguas vivas, hablar con Dios en la nube, y al fin desaparecer en la cima de una montaña, se experimenta

una extraordinaria admiracion. Mas, cuando se considera, bajo el punto de vista cristiano, que la historia de los israelitas, no solo es la historia real de los antiguos dias, si que tambien la figura de los tiempos modernos; que cada hecho es doble y contiene en sí mismo una verdad histórica y un misterio; que el pueblo judío es un resumen simbólico de la raza humana, que representa en sus anales todo lo que ha sucedido y todo lo que ha de suceder en el universo; que Jerusalém debe ser tomada siempre por otra ciudad, Sion por otra montaña, la Tierra Prometida por otra tierra, y la vocacion de Abraham por otra vocacion; cuando se medita que el hombre moral está oculto tambien en esta historia bajo el hombre físico; que la caída de Adam, la sangre de Abel, la desnudez cubierta de Noé y la maldicion de este padre contra su hijo, se manifiestan aun hoy en el parto doloroso de la mujer, en la miseria y el orgullo del hombre, en los rios de sangre que inundan el globo desde el fratricidio de Cain, en las razas malditas descendientes de Cham, que habitan una de las mas hermosas comarcas de la tierra; por último, cuando se ve al hijo prometido á David venir al punto fijo á restablecer la verdadera moral y la verdadera religion, reunir todos los pueblos, y sustituir el sacrificio del hombre interior á los holocaustos de sangre, faltan entonces palabras, ó nos sentimos inclinados á exclamar con el Profeta: «Dios es nuestro rey anterior á todos los siglos.» *Deus autem rex noster ante saecula.*

En Job toma el estilo histórico de la Biblia el tono de la elegía, como ya hemos dicho. Ningun escritor ha llevado la tristeza del alma al grado á que la elevó este santo árabe, ni aun Jeremías, único que puede *igualar las lamentaciones á los dolores*. Es verdad que las imágenes tomadas de la naturaleza meridional, las arenas ardientes del desierto, la palmera solitaria y la montaña estéril, se adaptan maravillosamente al lenguaje y á los sentimientos de un coraron desgraciado; pero en la melancolía de Job se advierte cierto sello sobrenatural. El hombre *individual*, por miserable que sea, no puede hacer exhalar á su alma tales suspiros. Además, como en la Escritura todo tiene una relacion final con la Nueva-alianza, pudiera creerse que las elegías de Job se destinaban tambien para los dias de luto de la Iglesia de Jesucristo; Dios hacia componer á sus profetas cánticos fúnebres, dignos de los difuntos cristianos, dos mil años antes que estos sagrados difuntos hubiesen conquistado la vida eterna.

«¡Ojalá no hubiese brillado el dia en que nací y la noche en que fue dicho: «¡Ha sido concebido un hombre!»

¡Extraordinaria manera de condolerse! Solo la Escritura se expresa en estos términos:

«Dormiré en el silencio, y descansaré en mi sueño.»

La frase *descansaré en mi sueño*, es admirable: *decid el sueño*, y desaparecerá toda su hermosura. Bossuet dijo: *Dormid vuestro sueño, ricos de la tierra; y permaneced en vuestro polvo.*

«¿Por qué han recibido la luz el miserable, y la vida los que gimen en la anárgura del corazon?»

Nunca han hecho salir mas doloroso grito de sus profundidades las entrañas del hombre.

«El hombre, nacido de la mujer, vive poco tiempo y está lleno de muchas miserias.»

La circunstancia *nacido de la mujer*, es una redundancia magnífica: todas las enfermedades del hombre se compendian en las de su madre. El estilo mas limado no pintaría la brevedad de la vida con la misma fuerza que estas palabras: *Vive poco tiempo, y está lleno de muchas miserias.*

Por lo demás, todos conocen el pasaje en que Dios se digna justificar su poder ante Job, confundiendo así razon humana; por esta causa no hablamos aquí de él.

El tercer aspecto bajo que pudiéramos considerar el estilo histórico de la Biblia, es el carácter pastoril; pero tendremos ocasion de hablar de él con alguna latitud en los dos capítulos siguientes.

Por lo que respecta al segundo estilo general de las santas letras, esto es, la *poesía sagrada*, conceptuamos superfluo detenernos en este punto, ampliamente tratado por multitud de críticos. ¿Quién no ha leído los coros de *Ester* y de *Atalia*, y las odas de Ronsseau y Malherbe? El tratado del doctor Lowth es conocido de todos los literatos, y La Harpe ha publicado en prosa una apreciable traduccion del Salmista.

Por último, el tercer y último estilo de los Libros Santos es el del *Nuevo Testamento*. La sublimidad de los profetas se cambia aquí en una ternura no menos sublime; aquí habla el amor divino; aquí el *Verbo* se *hace realmente carne*. ¡Qué uncion! ¡qué sencillez!

Cada evangelista tiene un carácter particular, excepto San Marcos, cuyo Evangelio parece un compendio del de San Mateo. No obstante, San Marcos era discípulo de San Pedro, y muchos creen que escribió dictado por el Príncipe de los Apóstoles, siendo digno de notarse que refirió tambien la falta de su maestro. Parécenos un tierno y sublime misterio que Jesucristo haya escogido por cabeza de su Iglesia precisamente al único discípulo que renegó de él. Todo el espíritu del Cristianismo se encierra aquí: San Pedro es el Adam de la nueva ley; es el padre culpable y arrepentido de los nuevos israelitas; su caída nos enseña además que la religion cristiana es una religion de misericordia, y que Jesucristo estableció su ley entre los hombres, sujetos á error, no tanto por la inocencia como para el arrepentimiento.

El Evangelio de San Mateo es precioso por su moral. Este apóstol nos ha trasmitido el mayor número de esos preceptos en sentimientos, que brotaban con tanta profusion de las entrañas de Jesucristo.

San Juan es mas dulce y tierno. Reconócese en él al *discípulo amado de Jesús*, al discípulo que este quiso tener á su lado en el jardin de las Olivas, durante su agonía. Distincion sublime sin duda, porque solo el amigo de nuestra alma es digno de entrar en el misterio de nuestros dolores. Juan fue tambien el único apóstol que acompañó al Hijo del Hombre hasta la cruz, en la cual el Salvador le legó su madre: *Mulier, ecce Filius tuus. Deinde dicit discipulo: Ecce Mater tua.* ¡Palabras celestiales é inefables! El discípulo amado que habia dormido sobre el seno de su Maestro, habia conservado una imagen indeleble de él; así es que fue el primero que lo reconoció despues de su resurreccion. El corazon de Juan no pudo equivocar las facciones de su divino amigo, y su fe procedió de su caridad.

Por lo demás, el espíritu de todo el Evangelio de San Juan se encierra en la máxima que repetía en su vejez: este apóstol, lleno de dias y de buenas obras, no pudiendo ya dirigir largos discursos al nuevo pueblo que habia educado para Jesucristo, se contentaba con decirle: *Hijos míos, amaos unos á otros.*

San Gerónimo dice que San Lucas era médico; profesion tan noble y estimada en la antigüedad, y su Evangelio es la medicina del alma. El lenguaje de este apóstol es puro y elevado; y se echa de ver en él que era hombre versado en las letras, y que conocía los negocios y los hombres de su tiempo. Empieza su relacion á la manera de los historiadores antiguos, y se cree oír á Herodoto:

«1.º Como muchos han emprendido escribir la historia de las cosas que han ocurrido entre nosotros;

»2.º Siguiendo la narracion que de ellas nos han hecho los que las han visto desde el principio, con sus propios ojos, y que han sido los ministros de la palabra;

»3.º He creído que debía tambien, carísimo Teófilo, despues de haber sido exactamente informado de to-

das estas cosas desde su principio, escribirte, por orden toda su historia.»

Tan grande es hoy nuestra ignorancia, que acaso hay *hombres de letras* que se admirarán de saber que San Lucas fue un eminente escritor, cuyo Evangelio respira el genio de la antigüedad griega y hebrea. Hay algo mas hermoso que todo el fragmento que precede al nacimiento de Jesucristo?

«En tiempo de Herodes, rey de Judea, habia un sacerdote llamado Zacarias, de la sangre de Abia; su mujer descendia tambien de la raza de Aaron, y se llamaba Isabel.

»Ambos eran justos en presencia de Dios... No tenían hijos, porque Isabel era estéril, y ambos de edad prosecta.»

Zacarias ofrece un sacrificio; un ángel se le aparece en pié al lado del altar de los Perfumes, y le predice que tendrá un hijo llamado Juan, que será el precursor del Mesías, y que reunirá el corazón de los padres los hijos. El mismo ángel se apareció luego á una doncella que vivia en Israel, y le dijo: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo.* María se dirige á las montañas de Judea, donde encuentra á Isabel, y el niño que esta llevaba en su seno se estremece de gozo á la voz de la Virgen que debia dar á luz al Salvador del mundo. Isabel, llena súbitamente del Espíritu Santo, alza la voz y exclama: *Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.*

«¿De dónde me procede la dicha de que la madre de mi Salvador venga á visitarme?»

«Porque cuando me has saludado, no bien ha llegado tu voz á mi oído, mi hijo se ha estremecido de júbilo en mi seno.»

»María entona entonces el magnífico cántico: «¡Oh, alma mia, glorifica al Señor!»

Sigue á esto la historia del Pesebre y de los pastores. Gran multitud del ejército celestial canta durante la noche: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Palabras dignas de los ángeles, y que son el epitome de la religion cristiana.

Creemos conocer un poco la antigüedad, y nos atrevemos á asegurar que seria preciso consultar mucho tiempo los ingenios mas brillantes de Grecia y Roma antes de hallar cosa alguna tan sencilla y maravillosa á la vez.

Cualquiera que lea el Evangelio con un poco de atención descubrirá á cada paso en él cosas admirables, que pasan al pronto desapercibidas en razon de su extremada sencillez. San Lucas, por ejemplo, que al hablar de la genealogía de Jesucristo, se remonta hasta el origen del mundo, al llegar á las primeras generaciones, y al continuar nombrado las razas, dice: *Cainam qui fuit Henos, qui fuit Seth, qui fuit Adam, qui fuit Dei.* Las simples palabras *qui fuit Dei*, intercaladas aquí sin comentarios ni reflexiones, para referir la creacion, el origen, la naturaleza, los fines y el misterio del hombre, nos parecen eminentemente sublimes.

La religion del Hijo de María es la esencia de las diferentes religiones, ó lo que estas encierran de mas celestial. En algunas palabras puede pintarse el carácter del estilo evangélico: es un tono de autoridad paternal, mezclado con cierta indulgencia fraternal y cierta consideracion á un Dios que se dignó hacerse hijo y hermano de los hombres, para rescatarnos.

Por lo demás, cuanto mas se leen las Epístolas de los Apóstoles, especialmente las de San Pablo, mas crece el asombro: no se sabe quién es este hombre que dice familiarmente, en una especie de discursos vulgares palabras sublimes, dirigiendo las mas profundas miradas al corazón humano, explicando la naturaleza del Ser Supremo, y prediciendo el porvenir.

## CAPITULO III.

## PARALELO ENTRE LA BIBLIA Y HOMERO.

## Términos de comparacion.

La Biblia ha sido objeto de tantos escritos y comentarios, que el único medio que quizá resta hoy para dar á conocer sus bellezas, es compararla con los poemas de Homero. Consagrados por los siglos, estos poemas han recibido del tiempo una santidad que justifica el paralelo y aleja toda idea de profanacion. Si Jacob y Néstor no son de una misma familia, á lo menos entrambos pertenecen á los primeros dias del mundo, y se advierte que solo media un paso entre los palacios de Pilos y las tiendas de Ismael.

Bajo qué aspecto la Biblia es mas hermosa que Homero; cuales son las semejanzas y las diferencias que existen entre ella y las obras de este poeta: hé aquí lo que nos proponemos examinar en estos capítulos. Consideremos estos dos monumentos, que á manera de dos columnas solitarias, están colocados á la puerta del templo del genio, y forman su sencillo peristilo.

Desde luego es un hecho bastante curioso ver luchar de frente las dos lenguas mas antiguas del mundo; lenguas en que Moisés y Licurgo promulgaron sus leyes, y Pindaro y David cantaron sus himnos.

El hebreo, conciso, enérgico y casi sin inflexion en sus verbos, expresa veinte matices del pensamiento por la mera adición de una letra, y anuncia el idioma de un pueblo que por medio de una notable alianza unió á la primitiva sencillez un profundo conocimiento de los hombres.

El griego presenta en sus complicadas conjugaciones, en sus inflexiones, en su difusa elocuencia, una nacion dotada de genio imitativo y sociable, una nacion ligera y vana, sensible y pródiga de palabras.

Cuando el hebreo quiere componer un verbo, bástale conocer las tres letras radicales que forman el singular la tercera persona del pretérito; y tiene al punto todos los tiempos y modos, añadiendo algunas letras *serviles*, antes, despues, ó entre las tres letras radicales.

Mucho mas embarazosa es la índole del idioma griego. Es preciso atender en él á la *característica*, á la *terminacion*, al *aumento*, y á la *penúltima* de ciertas *personas* de los tiempos de los verbos: cosas todas tanto mas difíciles de conocer, cuanto que la *característica* se pierde, se traspone ó se carga de una letra desconocida, segun la letra misma delante de la cual se halla.

Las dos conjugaciones hebrea y griega, aquella tan sencilla y breve, esta tan compuesta y larga, parecen presentar el sello del espíritu y de las costumbres de los pueblos que las han formado: la primera indica el lenguaje conciso del patriarca que va solo á visitar á su vecino al pozo de la palmera; la segunda trae á la memoria la prolija elocuencia del pelago que se presenta á la puerta de su huésped.

Si se toma al acaso algún sustantivo griego ó hebreo, se descubrirá aun mejor el genio de entrambos idiomas. *Nesher* significa, en hebreo *águila*; derivase del verbo *shur*, *contemplar*, porque el águila mira de frente al sol.

*Águila*, en griego es *aistós*, es decir, *vuelo rápido*.

Ahora bien: Israel fijó su atencion en la propiedad mas sublime del águila: vióla posar inmóvil sobre la cumbre de la montaña, y mirar al astro del dia, cuando torna á mostrarse en oriente.

Atenas solo vió el vuelo del águila, su fuga impetuosa, y el movimiento que tanto se adaptaba al propio movimiento del genio griego. Tales son precisamente esas imágenes de *sol*, de *fuego*, de *montañas*, con tanta frecuencia usadas en la Biblia; y esas pin-

turas de *ruidos*, de *carreras*, de *pasos*, tan multiplicados en Homero.

Nuestros términos de comparacion serán:

La sencillez.

La antigüedad de las costumbres.

La narracion.

La descripcion.

Las comparaciones ó las imágenes.

Lo sublime.

Examinemos el primer término.

1.º *Sencillez.*

La sencillez de la Biblia es mas breve y grave; la de Homero mas larga y risueña.

La primera es sentenciosa, y repite las mismas locuciones para expresar cosas nuevas.

La segunda se extiende en palabras, y repite con frecuencia en las mismas frases lo que ya acaba de decir.

La sencillez de la Escritura es la de un antiguo sacerdote que lleno de ciencia divina y humana, dicta desde el fondo del santuario los precisos oráculos de la sabiduría.

La sencillez del poeta de Chio es la de un viejo orador que narra, al calor del hogar de su huésped, lo que ha aprendido en el discurso de una vida larga y aventurera.

2.º *Antigüedad de las costumbres.*

Los hijos de los pastores de Oriente guardan rebaños, como los hijos de los reyes de Ilión; pero cuando París vuelve á Troya, habita un palacio, entre esclavos y placeres.

Una tienda, una mesa frugal, y unos criados rústicos: hé aquí lo que espera á los hijos de Jacob en la casa paterna.

Cuando se presenta un huésped en la morada de un príncipe de Homero, algunas mujeres, y algunas veces la misma hija del rey, conducen al *extranjero* al baño. Rodéasele de perfumes, preséntasele agua en aljofainas de oro y plata, cubresele con un manto de púrpura, condúcesele á la sala del festin, y se le invita á sentarse en un hermoso sillón de marfil, adornado con un rico taburete. Los esclavos mezclan vino y agua en las copas, y le presentan los dones de Ceres en un canastillo. El maguete le sirve los suculentos lomos de la victima, de la que hace una parte cinco veces mayor que la de los demás. Reina en la mesa ingénuo alegría; la abundancia ha sustituido al hambre, y terminado el banquete, ruégase al caminante que narre su historia. Por último, á su partida, hácesele ricos presentes, por humilde que haya podido parecer su equipaje, porque todos creen que es un dios, disfrazado bajo aquellos vestidos, que ha venido á sorprender el corazón de los reyes, ó bien un hombre que ha caído en el infortunio, y es, en este concepto, el favorito de Júpiter.

En la tienda de Abraham, la recepcion es muy diferente. El patriarca sale al encuentro de su huésped, le saluda, y luego adora á Dios. Los jóvenes vecinos llevan sus camellos, y las jóvenes dan de beber á estos. Lávase los piés al *viajero*, que se sienta en el suelo, y come en silencio los manjares que le presenta la hospitalidad. Nadie se informa de su historia, ninguna pregunta se le dirige; permanece allí, ó prosigue su camino, á su albedrío. A su partida, se contrae alianza con él, y se levanta la piedra del testimonio; altar que debe decir á los siglos venideros que dos hombres de los antiguos dias se encontraron en el camino de la vida, y que, despues de haberse tratado como hermanos, se separaron para nunca tornar á verse, y para interponer dilatadas regiones entre sus tumbas.

Adviértase que el huésped desconocido es un extranjero en Homero, y un viajero en la Biblia. ¡Cuán diferente manera de considerar la humanidad! En lo que el griego consigna únicamente una idea política

y local, establece el hebreo un sentimiento moral y universal.

En Homero, los actos de la vida civil se desempeñan con estrépito y ostentacion: un juez, sentado en medio de la plaza pública, pronuncia en alta voz sus sentencias; Néstor hace sacrificios ó arenga á los pueblos, á orillas del mar; una boda tiene antorchas, epitalamios y coronas colgadas á las puertas; un ejército ó todo un pueblo asisten á los funerales de un rey; un juramento se hace en nombre de las Furias, con terribles imprecaciones; etc., etc.

Jacob, sentado al pié de una palmera, á la entrada de su tienda, administra justicia á sus pastores: «Pon la mano sobre mi muslo, dice Abraham á su criado, y jura que irás á Mesopotamia.» Dos palabras bastan para concluir un matrimonio, á orillas de una fuente. El doméstico trae la prometida al hijo de su amo, ó el hijo de este se obliga á guardar por espacio de siete años los rebaños de su suegro, para obtener su hija. Un patriarca es conducido por sus hijos, despues de su muerte, á la cueva de sus padres, en el campo de Efron. Estas costumbres son aun mas antiguas que las homéricas, porque son mas sencillas; y tienen tambien una calma y una gravedad de que estas carecen.

3.º *La narracion.*

La narracion de Homero está interrumpida por digresiones, discursos, descripciones de vasos, trajes, armas y cetros, y por genealogías de hombres y de cosas. Los nombres propios están recargados de epítetos; pocas veces deja un héroe de ser *divino*, *semejante á los inmortales*, *á honrado por los pueblos cual un dios*. Una princesa tiene siempre *hermosos brazos*; es siempre como *el tallo de la palmera de Delos*, y debe su cabellera á *la mas jóven de las Gracias*.

La narracion de la Biblia es rápida, sin digresiones ni discursos; está sembrada de sentencias, y los personajes se nombran en ella sin lisonjas. Los nombres se repiten innumerables veces, siendo reemplazados muy pocas por el pronombre; circunstancia que unida al uso frecuente de la conjuncion *y*, anuncia en esta sencillez una sociedad mucho mas cercana al estado natural que la pintada por Homero. El amor propio figura ya en los hombres de la *Odisea*, mas no se ha desarrollado aun en los del *Génesis*.

4.º *Descripcion.*

Las descripciones de Homero son largas, ya pertenezcan al carácter tierno ó al terrible, ya al triste ó al ameno, ya al fuerte ó al sublime.

La Biblia no tiene generalmente en todos sus géneros sino un solo rasgo; pero este rasgo es culminante, y pone el objeto á la vista.

5.º *Las comparaciones.*

Las comparaciones homéricas se prolongan por medio de circunstancias incidentales, que producen el efecto de unos pequeños cuadros suspendidos en derredor de un edificio, para distraer la vista de la elevacion de las bóvedas, atrayéndola á escenas de paisajes y de costumbres campestres.

Las comparaciones bíblicas se expresan por lo regular en pocas palabras: son un león, un torrente, una tempestad, un incendio, que ruge, cae, devasta, devora. No obstante, conoce tambien las comparaciones circunstanciadas; pero en estos casos adopta un giro oriental, y personifica el objeto, como el orgullo en el cedro, etc.

6.º *Lo sublime.*

Finalmente, lo sublime en Homero procede ordinariamente del conjunto de las partes, y llega por grados á su término.

En la Biblia es casi siempre inesperado; brilla como un relámpago sobre el lector; este queda como humeante y surcado por el rayo, antes de saber cómo ha sido herido por él.

En Homero, lo sublime se compone además de la magnificencia de las palabras, siempre en armonía con la magestad del pensamiento.

En la Biblia, por el contrario, el mas elevado sublime procede por lo regular de un contraste entre la grandeza de la idea y la pequeñez, y aun en ciertos casos, la trivialidad de la palabra que sirve para expresarlos. De aquí resulta que el alma experimenta una conmoción, un estremecimiento increíbles, porque, cuando exaltado por el pensamiento, el espíritu se lanza á las mas altas regiones, la expresión, lejos de sostenerlo, le deja caer súbitamente del cielo á la tierra, y le precipita del seno de Dios al barro de este mundo. Este género de sublime, el mas impetuoso de todos, conviene especialmente á un Ser inmenso y formidable, que abraza á la vez todas las cosas, así las mas grandes como las mas pequeñas.

## CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL PARALELO ENTRE LA BIBLIA Y HOMERO.

## Ejemplos.

ALGUNOS ejemplos acabarán ahora de dilucidar este paralelo. Al efecto, seguiremos el orden inverso de nuestras primeras bases, es decir que empezaremos por los pasajes de que puedan tomarse rasgos cortos y aislados (como lo sublime y las comparaciones), para concluir por la sencillez y la antigüedad de las costumbres.

Hay en la *Iliada* un pasaje notable por lo sublime: es aquel en que Aquiles, despues de la muerte de Patroclo, se presenta inerme en los atrincheramientos griegos, aterrando con sus gritos á los batallones troyanos. La nube de oro que ciñe la frente del hijo de Peleo; la llama que se levanta sobre su cabeza; la comparación de esta llama con una hoguera encendida en la noche en lo alto de una torre sitiada, y los tres gritos de Aquiles, que esparcen tres veces el desorden en el ejército troyano: todo esto constituye esa sublimidad homérica que, como hemos dicho, se compone de la reunion de muchos accidentes hermosos y de la magnificencia de las palabras.

Véase aquí una sublimidad de muy diferente índole, y en que se advierte el movimiento de la oda en la exaltación del delirio:

«Profecía contra el valle de Vision:

«¿Por qué causa subes en tropel á los tejados,

«Ciudad llena de tumulto, ciudad llena de pueblo, ciudad vencedora? Tus hijos han sido muertos, y no han sido muertos por la espada; no han caído por la guerra...

«El Señor os coronará con una corona de males, y os arrojará como una pelota en un campo ancho y espacioso. En él morireis; y á esto quedará reducido el carro de vuestra gloria.»

¿A qué mundo desconocido nos lanza súbitamente el poeta! ¿A dónde nos lleva? ¿Quién habla y á quién se habla? El movimiento sigue al movimiento, y cada versículo es mas admirable que el versículo anterior. La ciudad no es sino un conjunto de edificios, es una mujer, ó un personaje misterioso, porque no se determina su sexo. Sube á los tejados para sollozar; y el Profeta, participando de su desorden, le dice en singular: ¿Por qué subes?... y añade: en tropel, colectivo. Os arrojará como una pelota en un campo espacioso, y á esto quedará reducido el carro de vuestra gloria. Hé aquí una extraordinaria alianza de palabras y de poesía. Homero tiene mil maneras sublimes de pintar una muerte violenta; pero la Escritura ha excedido á todas en estas solas palabras: «El primogénito de la muerte devorará su hermosura.»

El primogénito de la muerte, por decir la muerte mas horrorosa, es una de esas figuras que solo se

encuentran en la Biblia. Ignórase á donde ha ido á buscar esta idea el espíritu humano, pues los caminos que á esta sublimidad conducen son desconocidos.

Así tambien llama la Escritura á la muerte el rey de los espantos; así tambien dice, hablando del perverso: *Ha concebido el dolor, y parido la iniquidad.*

Cuando el mismo Job quiere ensalzar la grandeza de Dios exclama: *El infierno se muestra desnudo á sus ojos. — El detiene las aguas en las nubes. — El quita el tahalí á los reyes, y ciñe sus riñones con una cuerda.*

El adivino Teoclimeno queda estupefacto en el festin de Penélope al oír los siniestros presagios que les amenazan:

«¡Ah desventurados! ¿qué funesto accidente os ha sobrevenido? ¿Qué tinieblas están esparcidas sobre vuestras cabezas, sobre vuestros semblantes y al rededor de vuestras débiles rodillas? Resuena un ahullido, y las lágrimas inundan vuestras mejillas. Las paredes y los artesones se miran cubiertos de sangre; esta sala y este vestíbulo están llenos de larvas que bajan al Erebo, á través de las sombras. El sol se oculta en el cielo, y la noche de los infiernos se levanta.»

Por formidable que sea esta sublimidad, es inferior á la vision del libro de Job:

«En el horror de una vision nocturna, y cuando el sueño aletarga mas profundamente los hombres,

«Me sentí acometido de temor y estremecimiento, y el espanto penetró en mis huesos.

«Un espíritu pasó á mi vista, y los pelos de mi carne se erizaron de horror.

«Vi á aquel cuyo rostro no conocia. Aparecióseme un espectro, y oí una voz semejante á un ligero soplo.»

En este pasaje hay menos sangre, tinieblas y larvas que en Homero; pero ese rostro desconocido y ese soplo ligero son realmente mas pavorosos.

Por lo que respecta á esa sublimidad que resulta del choque de una gran idea con una pequeña imágen, presentaremos un hermoso ejemplo al hablar de las comparaciones.

Si al cantor de Ilión pinta á un joven derribado por la lanza de Menelao, lo compara á un tierno olivo cubierto de flores, plantado en un vergel, lejos de los rayos del sol, entre el rocío y los céfiros; mas de improviso, un viento impetuoso le derriba en el suelo natal, al borde de las aguas que prestaban fecunda savia á sus raíces. Hé aquí la larga comparación homérica, con estos encantadores detalles:

Καλόν, ἡλιθίον τὸ δὲ τε ποιοῖ δούλιον  
Παντοῦν ἀνίμων, καὶ τὸ βρῦν ἔρθει λευκῶ.

El lector cree oír los suspiros del viento en el tallo del tierno olivo: *Quam flatus motant omnium ventorum.*

La Biblia no tiene mas que un rasgo para esta pintura: «El impío, dice, se marchitará como la tierna viña, como el olivo que deja caer su flor.»

«La tierra, exclama Isaías, vacilará como un hombre ebrio, y será trasladada como una tienda levantada para una noche.»

Hé aquí lo sublime en contraste. A la frase será trasladada, el espíritu queda suspenso y espera alguna grandiosa comparación, cuando el Profeta añade: como una tienda levantada para una noche. Aquí vemos la tierra, que nos parece tan vasta, desplegada en los aires á manera de un pequeño pabellon, y luego arrebatada por el Dios fuerte que la ha desplegado, y para quien la duración de los siglos es apenas como una noche rápida.

La segunda especie de comparación que hemos atribuido á la Biblia, esto es, la larga comparación, se halla tambien en Job:

«Vereis al impío cubierto de humedad antes de sa-

lir el sol, y ostentar su tallo en el jardín. Sus raíces se multiplican sobre un monton de piedras, y se afianzan en ellas; pero si se le arranca de su lugar, este le renunciará y le dirá: «¿No te he conocido!»

¿Cuán admirable es esta comparación, ó por mejor decir, esta figura! Así son renegados los protervos por esos corazones estériles, por ese monton de piedras, sobre que, en su culpable prosperidad, se arraigan locamente. Esos gtijarros que se animan y hablan, presentan además una especie de personificación casi desconocida del poeta de la Jonia.

Ezequiel, profetizando la ruina de Tiro, exclama: «Los bajeos se estremecerán, ahora que estás poseída de terror; y las islas se espantarán en el mar, viendo que nadie sale de tus puertas.»

¿Hay algo mas aterrador que esta imágen? El lector cree ver esa ciudad, tan comerciante y populosa un día, descollar aun con sus torres y edificios, mientras que ningun ser vivo pasea sus calles solitarias, ó sale de sus abandonadas puertas.

Citemos algunos ejemplos de narraciones, y en ellas hallaremos reunidos el sentimiento, la descripción, la imágen, la sencillez y la antigüedad de las costumbres.

Los pasajes mas célebres, los rasgos mas conocidos y admirados en Homero, se hallan casi textualmente en la Biblia, y siempre con indisputable superioridad.

Ulises asiste al festin del rey Alcino, y Demodoco canta la guerra de Troya y los desastres de los griegos.

«Ulises, tomando en su poderosa mano una parte de su rico manto de púrpura, escondia en él su noble semblante, para ocultar á los feacios las lágrimas que de sus ojos brotaban. Cuando el cantor divino interrumpia sus versos, Ulises enjugaba su llanto, y tomando una copa, hacia libaciones á los dioses. Cuando Demodoco tornaba á sus cantos, excitado á continuarlos por los antiguos, á quienes encantaban sus palabras, Ulises volvia á cubrir su cabeza, y á llorar.»

Bellezas de este género son las que han asegurado de siglo en siglo á Homero el primer puesto entre los mas eminentes genios. No oscurece, no, su memoria el haber sido vencido en cuadros de esta naturaleza por unos hombres que escribieron inspirados por Dios. Pero, vencido queda sin duda, de una manera que no permite el menor subterfugio á la crítica.

Los que vendieron á José, los mismos hermanos de este hombre poderoso, se acercan á él sin conocerle, y le llevan al joven Benjamin á quien habia pedido ver.

«José les saludó, presentándoles un rostro afable, y les preguntó: ¿Vuestro padre, ese anciano de quien hablais, vive todavía, y goza de salud?»

«Ellos le respondieron: Nuestro padre, tu servidor, vive todavía, y goza de salud;» é inclinándose profundamente, le adoraron.

«José levantó sus ojos y vió á Benjamin, su hermano, hijo de su madre Raquel, y les dijo: ¿Es este el mas joven de vuestros hermanos, de quien me habeis hablado? Hijo mio, añadió, pido á Dios que te sea siempre propicio.

«Y se apresuró á salir, porque sus entrañas se habian conmovido al ver á su hermano, y no podia reprimir sus lágrimas; pasando, pues, á otro aposento, lloró.»

Y despues de haberse lavado el rostro, volvió y haciéndose violencia, dijo á sus servidores: «Servid la comida.»

Hé aquí las lágrimas de José en oposición con las de Ulises; hé aquí bellezas parecidas, y no obstante; cuán diferente es su carácter patético! José, que llora en presencia de sus hermanos ingratos y del joven é inocente Benjamin; ese modo de pedir nuevas de un padre; esa adorable sencillez; esa mezcla de amargura y de dulzura, son inefables; las lágrimas arrasan los ojos, y se siente cierto impulso de llorar como José.

Ulises, oculto en casa de Eumeo, se da á conocer á Telémaco; sale de la vivienda del pastor, desnúdase de sus harapos, y recobrando su hermosura á un golpe de la vara de Minerva, vuelve á entrar fastuosamente vestido.

«Su querido hijo le admira, y se apresura á desviar de él su vista, temiendo fuese un dios; haciendo empero un esfuerzo para hablar, le dirige rápidamente estas palabras: «¡Extranjero! Muy diferente me parece de lo que eras antes de vestir ese traje, y no te asemejas ya á ti mismo. Ciertamente, eres algun habitante del secreto Olimpo; pero sénos favorable, y te ofreceremos víctimas sagradas y obras de oro maravillosamente trabajadas.

«El divino Ulises, perdonando á su hijo, le respondió: No soy un dios. ¿Por qué me comparas á los dioses? Soy tu padre, por quien sufres males sin cuento y las injusticias de los hombres. Dice, y abraza á su hijo; y las lágrimas que corrian á lo largo de sus mejillas, mojaban la tierra, pues habia tenido hasta allí fuerza bastante para reprimirlas.»

Volveremos á hablar de este reconocimiento; pero debemos hacer ver antes el de José y sus hermanos.

José, despues de haber hecho colocar una copa en el saco de Benjamin, manda detener á los hijos de Jacob, que quedan consternados; José finje que intentaba prender al culpable: Juda se ofrece en rehenes por Benjamin, y refiere á José que Jacob le habia dicho antes de marchar á Egipto:

«Ya sabes que he tenido dos hijos de mi esposa Raquel.

«Habiendo uno de ellos salido á los campos, me habeis dicho que una fiera le habia devorado; y hasta ahora no ha regresado.

«Si te llevas á este, y le acontece algun desastre en el camino, abrumarás mi vejez con una aflicción que me llevará al sepulcro.

«No pudiendo José dominar ya su emoción, y hallándose rodeado de muchas personas, mandó que todos saliesen para que ningun extraño se hallase presente al darse á conocer á sus hermanos.

«Entonces, derramando copiosas lágrimas, levantó su voz, para que fuese oída de los egipcios y de toda la casa de Faraon.

«Y dijo á sus hermanos: yo soy José: ¿vive todavía mi padre? Acercaos á mi; y habiéndose acercado á él, prosiguió: Yo soy José vuestro hermano, vendido por vosotros en Egipto.

«Nada temais. No he sido enviado aquí por consejo vuestro, sino por la voluntad de Dios. Apresuraos á traerme á mi padre.

«....Y habiéndose arrojado al cuello de su hermano Benjamin, lloró, y Benjamin lloró tambien teniendo abrazado á José.

«José abrazó uno tras otro á todos sus hermanos, y lloró sobre cada uno de ellos.»

Hé aquí la historia de José; historia que no se halla en la obra de algun sofista, (porque nada de lo que procede del corazón y de las lágrimas pertenece á los sofistas); hállase en el libro que sirve de base á una religion despreciada por los incrédulos, y que pudiera á justo título devolverles desprecio por desprecio. Veamos ahora cuan superior es el reconocimiento de José y sus hermanos al de Ulises y Telémaco.

Homero incurrió á nuestro parecer, en un error al emplear lo maravilloso. En las escenas dramáticas, cuando las pasiones están en movimiento, y todos los milagros deben salir del alma, la intervencion de una divinidad enfria la acción, imprime á los sentimientos el sello propio de la Fábula, y revela la ficción del poeta, donde el ánimo se prometia hallar únicamente la verdad. Ulises, haciéndose reconocer bajo sus harapos, por alguna muestra natural, hubiese sido mas interesante. Homero lo conoció así, puesto que el rey de Itaca se descubre á su nodriza Euriclea, por medio

de una antigua cicatriz, y á Laertes por la circunstancia de los trece perales, que este anciano había dado á Ulises, en su infancia. Es grato ver que las entrañas del destructor de las ciudades están formadas como las del resto de los hombres, y que solo los afectos constituyen su fondo.

El reconocimiento está mejor manejado en el Génesis: colócase una copa, por un artificio de la mas inocente venganza, en el saco de un joven é inocente hermano; los hermanos criminales se desconsuelan pensando en la aflicción de su padre; la imagen del dolor de Jacob dilacera súbitamente el corazón de José, y le obliga á descubrirse antes de lo que había proyectado. Por lo que respecta á las palabras *Yo soy José*, sabido es que hacían llorar de admiración al mismo Voltaire. El *Soy tu padre* de la Odisea es muy inferior al *Ego sum Joseph*. Ulises encuentra en Telémaco un hijo sumiso y fiel; pero José, que habla á unos hermanos que le han vendido, no les dice: *Soy vuestro hermano*, sino únicamente: *Soy José*, y todo se encierra para ellos en la palabra *José*. Siéntense turbados como Telémaco; pero no es la magestad del ministro de Faraon lo que les afecta, sino la voz que se levanta en el fondo de su conciencia.

Ulises dirige á Telémaco un largo discurso para probarle que es su padre; José no necesita decir tantas palabras á los hijos de Jacob. *Los llama á su lado*, porque si ha levantado bastante la voz para ser oído de toda la casa de Faraon, cuando les dice: *Soy José*, sus hermanos deben ser los únicos que oigan la explicación que va á añadir en voz baja: *Ego sum Joseph*, FRATER VESTER, QUEM VENDIDISTIS IN ÆGIPTUM. No pueden rayar mas alto la delicadeza, la generosidad y la sencillez.

No olvidemos la bondad con que José consuela á sus hermanos; ni las excusas que de ellos hace diciendo que lejos de haber labrado su desgracia, son la causa de su brillante fortuna. Nunca deja de colocar la Escritura á la Providencia en la perspectiva de sus cuadros. Esa infinita prevision con que Dios conduce los negocios humanos, cuando mas á merced parecen de los caprichos del acaso, llena de asombro el ánimo. El hombre ama esa mano oculta en la nube, que sin cesar se hace sentir en todo cuanto le rodea; le es grato creer en los proyectos de la Sabiduría, y conocer que el momento de nuestra vida es un bosquejo de la eternidad.

Todo es grande con Dios, todo pequeño sin él; esto se extiende hasta los sentimientos. Supóngase que todo ocurre en la historia de José como se refiere en el Génesis; admítase que el hijo de Jacob es tan bueno y sensible como lo es, pero que es filósofo, y que en lugar de decir: «Estoy aquí por la voluntad del Señor», dice: «La fortuna me ha sido favorable;» supóngase, repetimos, todo esto, y el círculo, se estrechará, los objetos disminuirán, y lo patético desaparecerá al desaparecer las lágrimas.

Finalmente José abraza á sus hermanos como Ulises á Telémaco; pero empieza por Benjamin. Un autor moderno no hubiera dejado de hacerle arrojar al cuello del mas culpable de sus hermanos, para que su héroe fuese un verdadero personaje de tragedia. Pero la Biblia, conociendo mejor el corazón humano, ha sabido dar su justo valor á esa exageración del sentimiento, por la cual parece siempre que un hombre se esfuerza en llegar á lo que juzga un gran rasgo, ó en decir lo que conceptua una brillante frase. Por lo demás, la comparación que Homero hace de los sollozos de Telémaco y de Ulises con los gritos de un águila y sus aguiluchos (comparación que hemos suprimido), nos parece ajena á este lugar. *Y arrojándose al cuello de Benjamin, para abrazarle, lloró; y Benjamin lloró tambien, teniendo abrazado á José*: esta es la única magnificencia de estilo propio de tales ocasiones.

Otros muchos trozos de narración, no menos hermosos que el de José, halláramos en la Escritura; pero el lector puede compararlos con los pasajes de Homero. Fácil le será comparar, por ejemplo, el libro de Ruth con el de la recepción de Ulises en casa de Eumeo, pues Tobias presenta tiernas semejanzas con algunas escenas de la *Iliada* y de la *Odisea*: Priamo es conducido por Mercurio, bajo la forma de un joven, como el hijo de Tobias lo es por un ángel, bajo la misma exterioridad. No debe olvidarse el perro que corre á anunciar á unos padres ancianos el regreso de un hijo querido, y ese otro perro que habiéndose mantenido fiel entre unos servidores ingratos, cumple sus destinos cuando reconoce á su dueño bajo los harapos del infortunio. Nausicaa y la hija de Faraon van á lavar sus vestidos á los rios donde la una encuentra á Ulises, y la otra á Moisés.

Hay especialmente en la Escritura ciertas locuciones mas tiernas, en nuestro concepto, que toda la poesía de Homero. Si este se propone pintar la vejez, dice:

«Néstor el orador de los habitantes de Pilos, el de labios elocuentes, cuyas palabras eran mas dulces que la miel, se levantó en medio de la asamblea. Ya habia embelesado con sus discursos á dos generaciones de hombres, entre quienes habia vivido en la gran Pilos, y reinaba á la sazón sobre la tercera.»

Esta frase es de la mas hermosa antigüedad y de la mas dulce melodía. El segundo verso imita la dulzura de la miel, y la expresiva elocuencia del anciano.

Habiendo Faraon preguntado á Jacob cual era su edad, el patriarca le respondió:

«Há ciento treinta años que soy viajero. Mis dias han sido breves y calamitosos, y no han igualado los de mis padres.»

Hé aquí dos clases harto diferentes de antigüedad: la una está expresada en imágenes, lo está la otra en sentimientos; una despierta risueñas ideas, la otra pensamientos tristes; al representar una al caudillo de un pueblo, solo muestra al anciano relativamente á una posición determinada de la vida; la otra lo considera individualmente y por entero; en general, Homero hace reflexionar mas sobre los hombres, y la Biblia sobre el hombre.

Homero habla con frecuencia de las alegrías de dos esposos; pero lo hace alguna vez en estos términos?

«Isaac hizo entrar á Rebeca en la tienda de su madre Sara, y la tomó por esposa; y recibió tanto regocijo en ella, que sintió mitigarse el dolor que habia experimentado por la muerte de su madre.»

Dáremos fin á nuestro paralelo y á nuestra poética cristiana, con un ensayo que hará conocer al punto la diferencia que existe entre el estilo de la Biblia y el de Homero; al efecto, tomaremos un fragmento de la primera, para pintarlo con los colores del segundo. Ruth dice á Noemi:

«No te opongas á mí, obligándome á dejarte y marcharme; á cualquier lugar donde vayas, iré contigo; moriré donde tú mueras; tu pueblo será mi pueblo, tu Dios será mi Dios.»

Tratemos de traducir este versículo en lenguaje homérico:

«La hermosa Ruth respondió á la sabia Noemi, honrada de los pueblos como una diosa: «Cesa de oponerte á lo que una divinidad me inspira; yo te diré la verdad cual la sé, y sin disfraz alguno. He resuelto seguirte. Viviré á tu lado, ya sea que permanezcas entre los moabitás, hábiles en el manejo del dardo, ya regreses al país de Judá, tan fértil en olivos. Contigo pediré hospitalidad á los pueblos que respetan á los suplicantes. Nuestras cenizas se mezclarán en la misma urna, y haré siempre sacrificios agradables al dios que te acompaña.»

«Dijo: y como cuando el violento céfiro trae una benigna lluvia del lado de Occidente, los labradores

preparan el trigo y la cebada, y hacen canastillos de junco, primorosamente entretrejidos, porque consiste que aquella lluvia va á reblandecer la tierra, y á hacerla propia para recibir los preciosos dones de Ceres; así las palabras de Ruth ablandan, cual una ligera lluvia, el corazón de Noemi.»

Ved aquí tal vez la sombra del estilo de Homero, en cuanto nuestro escaso talento nos ha permitido imitar á este genio inmortal. ¿Pero el versículo de Ruth, desleído de este modo, no ha perdido ese encanto original que tiene en la Escritura? ¿Qué poesía puede valer en tiempo alguno tanto como este solo giro: *Populus tuus populus meus; Deus tuus Deus meus*. Fácil será ahora tomar un pasaje de Homero, y borrar su peculiar colorido, dejando su fondo á la manera de la Biblia.

Esperamos haber dado á conocer á nuestros lectores (por lo menos hasta donde nos lo han permitido nuestras fuerzas), algunas de las innumerables bellezas de los libros santos; ¡felices nosotros si hemos conseguido hacerles admirar esa grande y magestosa piedra que sostiene la Iglesia de Jesucristo!

Oigamos á San Gregorio el Mágnico: «Si la Escritura encierra misterios capaces de ocupar á los mayores ingenios, contiene tambien verdades sencillas, á propósito para alimentar á los mas humildes y los menos sabios; tiene en lo exterior con qué amamantar los niños, y en sus mas ocultos repliegues con que llenar de admiración los espíritus mas sublimes. Aseméjase á un rio cuyas aguas son tan bajas en ciertos lugares, que un cordero podría vadearlas, y tan profundas en otros, que un elefante nadaría en ellas.»

## TERCERA PARTE.

### BELLAS ARTES Y LITERATURA.

#### LIBRO PRIMERO.

##### Bellas-Artes.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### MÚSICA.

#### De la influencia del Cristianismo en la música.

HERMANAS de la poesía, las bellas-artes serán ahora el objeto de nuestros estudios; identificadas, por decirlo así, con los pasos de la religion cristiana, la reconocieron por su madre no bien apareció en el mundo; ellas le prestaron sus encantos terrenales, y ella les comunicó su divinidad: la música dió notas á sus cantos; la pintura la representó en sus dolorosos triunfos; la escultura se complació en meditar á su lado en los sepulcros, y la arquitectura le erigió templos tan sublimes y misteriosos como su pensamiento. Platon ha definido de una manera maravillosa la naturaleza de la música.

«No se debe juzgar, dice, de la música por el placer, ni preferir aquella que solo tenga á este por objeto, sino la que contiene en sí misma la semejanza de lo hermoso.»

En efecto, la música, considerada como arte, es una imitación de la naturaleza; su perfección consiste, pues, en representar la mas hermosa naturaleza posible. Pero el placer es cosa convencional que varia con los tiempos, las costumbres y los pueblos, y que no puede ser lo bello, pues este es uno, y existe de una manera absoluta. Siguese de aquí que toda

institución que sirve para purificar el alma, para alejar de ella la perturbación y las disonancias, y para hacer nacer en ella la virtud, es, por esta misma cualidad, propicia á la mas hermosa música, ó á la mas perfecta imitación de lo bello. Pero si esta institución es además de naturaleza religiosa, posee entonces las dos condiciones esenciales á la armonía, esto es, lo bello y lo misterioso. Los ángeles nos han legado el canto, porque el manantial de los conciertos está en el cielo.

La Religion es la que hace gemir en el silencio de la noche á la vestal, bajo sus tranquilas bóvedas; la Religion es la que canta tan dulcemente al borde del lecho del infortunado. Debióle Jeremías sus lamentaciones, y David sus sublimes penitencias. Mas altiva bajo la Antigua-Alianza, no pintó sino los dolores de los monarcas y los profetas; mas modesta, aunque no menos régia en la Nueva-Ley, sus suspiros son igualmente á propósito para los poderosos y los débiles, pues ha encontrado en Jesucristo la humildad unida á la grandeza.

Añadamos que la religion cristiana es esencialmente melodiosa, por la única razon de que ama la soledad. No es esto decir que sea enemiga del mundo, pues lejos de ser así, se muestra muy amable; pero esta celestial Filomela prefiere los asilos ignorados. Es un poco extranjera bajo el techo de los hombres, pues prefiere los bosques, que son los palacios de su padre y su antigua patria. En ellos levanta su voz al firmamento, en medio de los conciertos de la naturaleza: esta publica sin cesar las alabanzas del Criador, y nada hay mas religioso que los cánticos que cantan, acompañados del viento, las encinas y las cañas del desierto.

Así, pues, el músico que quiere seguir la Religion en sus relaciones, está obligado á aprender la imitación de las armonías de la soledad. Es preciso que conozca los sonos que producen los árboles y las aguas; preciso es que haya oído el rumor del viento en los claustros, y esos murmullos que reinan en los templos góticos, en la yerba de los cementerios y en los subterráneos de los muertos.

El Cristianismo ha inventado el órgano y hecho suspirar al insensible metal. El salvó la música en los siglos bárbaros; donde quiera que ha establecido su trono, allí se formó un pueblo que cantaba naturalmente como las aves. Para civilizar los salvajes, se valió de la magia de sus cánticos; así, el iroqués que no habia cedido á sus dogmas, cedió á sus conciertos. ¡Religion de paz! Tú no has dictado á los hombres, como los demás cultos, preceptos de odio y discordia, sino que les ha enseñado únicamente el amor y la armonía.

#### CAPITULO II.

##### Del canto gregoriano.

Si la historia no probase que el canto gregoriano es el resto de aquella música antigua de que tantos prodigios se refieren, bastaria examinar su escala para convencerse de su remoto origen. Antes de Gui-Aretin no se elevaba sobre la quinta, empezando por el *ut, re, mi, fa, sol*; estos cinco tonos son la gama natural de la voz, y dan una frase musical llena y agradable.

Mr. Burette ha conservado algunos aires griegos, en los que, comparados con el canto llano, se reconoce el mismo sistema. La mayor parte de los salmos son sublimes por su gravedad, particularmente el *Dixit Dominus Domino meo*, el *Confitebor tibi* y el *Laudate pueri*. El *In exitu*, arreglado por Rameau, es de un carácter menos antiguo; tal vez es del tiempo del *Ut queant laxis*, es decir, del siglo de Carlo Magno.